



NOTILLAS DE UN ERUDITO

Por GUILLERMO FELIU Y CRUZ

En 1872—hace de esto casi un medio siglo—publicó José Zapiola sus **Recuerdos de Cincuenta Años**. El libro tuvo varias ediciones: la primera en 1872, la segunda en 1874, la tercera en 1878, la cuarta en 1881 y por último, la quinta, hecha por el buen editor Miranda, guardador de un mundo de recuerdos literarios, en 1902. Ningún libro tuvo en su tiempo un éxito de librería semejante; hoy, en el mundo profano, ya nadie se acuerda de él ni de su autor. Sin embargo, ese libro agrega algo, un valor, en la literatura chilena.

Zapiola era un peregrino del talento. Fué un hombre pobre, sin otro antecedente que la honorabilidad de sus progenitores, sin nada que pudiera facilitarle el paso por el puente de la vida. Había nacido en los albores del siglo XIX, en 1802, y vino a morir casi en las postrimerías de él, en 1885. Fué hombre de su siglo. En tan largo curso de existencia vió mucho, luchó más; probó miserias, sintió el dolor punzante del desprecio y la carejada feroz de la ironía. Siempre el burgués, el rico ensimismado... Las tragedias de la pobreza y los dramas amargos en un hombre como él, que tenía talento y ambicionaba ser algo, dejaron su frente sureada de arrugas, sus ojos medio velados e imprimieron a su barba un contorno duro, audaz, decidor, impertinente. El cotidiano vivir de su primera juventud le atormentó crudamente; estudió y muy pronto olvidó las teorías de las aulas; trabajó y no se avino con sus patrones. Con todos rompió;

tenía demasiada altivez, un selvático orgullo. Era un muchacho engrdeído que creía en el poder de las quimeras. Pero todo eso era porque Zapiola tenía el alma puesta en el arte; era artista. Su oído estaba poderosamente dotado para el manejo de las cuerdas. Una cosa le faltaba: dinero. ¡Oh el dinero, el sufrimiento de Zapiola! Un día, cuando la pobreza rebosaba en su cuarto, cuando la miseria descubría toda su desnudez, cuando tenía hambre y sus maos delicadas parecieron blancas, finas, menudas como las de un marqués oriental, en los momentos en que sentía irse sus ilusiones de grandeza en una melancólica ensoñación, tomó la herencia de su madre. Era un mate de plata, un matecito viejo que guardaba la historia de un poema, de un querer muy intenso.

En las noches lluviosas del gris invierno en una casita de pobres, con cuartos estrechos, en una buhardilla que tenía enladrillado el suelo y las vigas descubiertas y las paredes blanqueadas, arrullados por un ideal de amor, su madre con su progevitótor—un varón adusto y severo—habían bebido juntitos, a la orilla del brasero, el agua azucarada y perfumada de yerba, que contenía el mate familiar. Su madre al morir se lo había legado; Zapiola lo cuidaba como un recuerdo sagrado de aquella buena mujer. Pero eran más fuertes sus pasiones artísticas. Empeñó el objeto y le dieron por él unos cuantos escasos pesos. ¿Qué hizo con el dinero? Compró un clarinete, y un clarinete viejo que guar-

daba también una tragedia de dolor. Su dueño había sido un tísico, un tísico artista. ¡Qué más! Estudió solo, de oído; perteneció a las bandas de músicos de Santiago, y sus maestros, cuando descubrieron sus aficiones y la exquisitez de su pasión, le enseñaron gratuitamente. Luego fué maestro de maestros. Viajó por Buenos Aires en 1825; tocó en los teatros; vivió, se divirtió y volvió pobre, muy pobre, pero con la esperanza de ser algo. Aquí, por haber viajado le miraron ahora con respeto... No cedió en su empeño y siguió estudiando y trabajando; fué a la Catedral, fué director de música de la Metropolitana, escribió piezas, compuso bailes, le dieron la dirección del Conservatorio y fundó una revista. Un día le declararon el padre del arte musical chileno, y su aspiración quedó cumplida.

Zapiola tuvo en la vejez un alma apacible. En la juventud fué un muchacho ardoroso, con pasiones anárquicas, tempestuosas. Fué un espíritu rebelde, emancipado. El tiempo le serenó. Pero nunca dejó su individualismo, ese su modo de ser esquivo, medio huraño, indomable. Su rica individualidad fué el gran hado de su suerte; rindió por ella a sus enemigos y se sobrepuso a su ambiente privado de finos dones aristocráticos. En los días de la adolescencia fué **pipiolo**; en su juventud, revolucionario, igualitario. Perteneció a la Sociedad de la Igualdad. Después fué municipal y terminó siendo venerado por aristócratas y plebeyos y querido por la juventud comunista...

Empero, este bohemio romántico, envuelto en la capa de su drama, conocía, sin embargo, las esplendideces del vivir. Era un simpático vividor. Había amado. Tuvo mujeres a quienes cortejó con la firmeza de un gran señor, a quienes deleitó con la historia de su vida, a quienes entretuvo con las armoniosas cuerdas de sus instrumentos y a quienes sedujo, por fin con el fuego de su temperamento. Bebió con hartura los placeres, y al cruzar los antros del ameno vivir, ni laceró su cuerpo ni apagó la frescura de su corazón. En esa atmósfera oscura, en ese complicado surgidero de emociones, en esa carrera áspera, se desarrolló su inteligencia. Zapiola era un

delicado observador, un delicioso marca-dor de estados de alma. Su temperamento tuvo la flexibilidad de un estilete de acero toledano; sabía cambiar de clima conforme al torbellino de las circunstancias. Fácil, amable, cariñoso a veces, era hoso, huraño, maldiciente en otras ocasiones; los hombres y las cosas adquieren a su vista su justo valor, su exacta medida. Supo sentir la percepción neta, sin engañosas perspectivas. Así, esa alma curiosa, bohemía, atormentada, con brillos propios, impregnada de suaves matices, dejó en sus **Recuerdos**, una parte del corazón que tenía desparramado en todo el mundo. Pero le faltó educación literaria para transponer en las páginas de sus memorias, la clara visión de lo que vió, de lo que sintió y comprendió. Medioere fué su cultura; y, sin embargo, su sinceridad fué más fuerte que la educación y la cultura. Dotó a la literatura chilena de un libro amable; y superior al suyo fué el de Vicente Pérez Rosales. ¿Qué valor tiene su obra en último término? Un valor de dulce simpatía, de encantadora llaneza; un valor que no se pierde. Tiene el mérito de evocar con sencillez épocas pasadas y de retratar hombres que fueron. Treinta años: 1810-1840; todo un período de dramas; a través de sus páginas desfila García Carrasco ennoblecido y a quien, empero, los historiadores le han dado un color opaco y siniestro. La crónica menuda caracterizante de una edad, viva y fresca; la policía, los cafés, las fondas y chinganas, donde Zapiola acaso en un frenesí, con la espumante copa en la mano, besara más de una vez una moza criolla de ojazos centellantes y cutis marfileño; donde apretara una carne tibia, sonrosada, compacta y humedecida. El cuadro costumbrista de una época precaria es, sin duda, la facultad de este hombre que vivió en lo bajo para ascender a lo alto.

En el decaeso, al declinar la vida a los setenta y cinco años, escribió Zapiola su libro. Me lo imagino entonces. Con una memoria prodigiosa, con el pulso tiritando, encorvado, enjuto, trazando sobre el papel caprichosos caracteres. En una pieza encerrado, arrebujado en su silla, mientras el pleno sol baña la estancia dibujando co-

lores indecisos sobre los muebles y dando al aire, herido por la luz, un azul litúrgico de tristeza mística; afuera los muchachos, más allá, en la calle, la vida que desborda su entusiasmo, en su cuarto Zapio-la, quietecito, tranquilo, esbozando la época de sus días. Acaso en esa tarea había un placer—también una envidia—porque así él hacía vivir por un momento, por un instante, la vida que fué. Pero ahora, ¿quién le iba a dar la sensación dulce de la vida de su tiempo, cuando arrastraba el placer?...

Al fin cayó herido; no se levantó más.

Empeoró. Tornóse ronco el respirar y su frente amplia y serena inundóse de sudor y en uno de sus ojos apareció una lágrima. Vino una convulsión, luego otra. Quedó rendido. Lanzó en medio de la fúnebre quietud un largo suspiro que se fué apagando lentamente. Murió. Quedó el cadáver con el rictus amargo de la agonía; había empalidecido y en la boca dibujóse tenuemente una sonrisa. Era la ironía cruel de la muerte amenazando la vida. Después la nariz fué perfilándose y un claro transparente iluminó el rostro...

